



## LA GRANDE ISLA DE JAUJA.

Desde el sur al norte frío,  
 desde el oriente al ocaso,  
 la fama con trompa de oro  
 publique en acentos claros  
 el suceso mas famoso,  
 y el mas prodigioso hallazgo,  
 que el dorado sol registra  
 luz à luz, y rayo à rayo.  
 Es el caso que un navío  
 del general don Fernando,  
 surcando del dios Neptuno  
 el mas sazonado charco,  
 ha descubierto una isla,  
 cuyos jarifos espacios,  
 ò son jardines de Ventis,  
 ò pénsiles son de Baco:  
 cuyas casas eminentes,  
 cuyos rumbosos palacios,  
 ò brillan con margaritas,  
 ò destumbran con topacios.  
 Sus fachadas y paredes  
 de pórfido son y mármol,  
 de marfiles espejosos  
 y cándidos alabastros.  
 Los suelos de jaspe y bronce,  
 los techos artesonados  
 de bruñido oro y rubies  
 que arrojan de luces rayos.  
 Sus cuadras, sus aposentos,  
 todos están entoldados  
 de telas de plata y oro,  
 de brocados de tres altos,  
 de láminas, de doseles,  
 de hermosos y finos cuadros,  
 sillas de brocado y plata,  
 con clavos de oro esmaltados.  
 Bufetes de filigrana,

escritorios de oro varios,  
 baúles de pedrerías,  
 camas de cristal cuajado,  
 sábanas de holanda prima,  
 colchas de vistosos lazos,  
 mantas de olorosas felpas,  
 colchones de pluma blandos.  
 Finalmente están las casas  
 abastecidas de cuantos  
 ajuates son los precisos  
 para vivir con regalo.  
 Llámase esta ciudad rica,  
 Jauja, deleitosa, y tanto,  
 que allí ninguna persona  
 puede aplicarse al trabajo:  
 y al que trabaja le dan  
 doscientos azotes agríos,  
 y sin orejas le arrojan  
 de esta isla desterrado.  
 Allí todo es pasatiempos,  
 salud, contento, regalos,  
 alegrías, regocijos,  
 placeres, gustos, aplausos,  
 risas, entretenimientos,  
 felicidades, alhagos,  
 juegos, deleites, favores,  
 paces, quietud y descanso.  
 Vívase allí comunmente  
 lo menos seiscientos años,  
 sin hacerse jamás viejos,  
 y mueren de risa al cabo.  
 Las calles de esta ciudad  
 hacen con curioso ornato  
 de évanos y de marfiles  
 vistosos encajonados.  
 Las murallas que la cercan,  
 siendo de bronce dorado,



tienen de cerco diez leguas,  
y de ancho trescientos pasos.  
Doce principales puertas,  
que están diamantes brillando,  
paso à la ciudad ofrecen,  
pero defienden el paso  
dos guardas en cada una,  
que hechos vigilantes argos  
no dejan entrar à dentro  
pesares, congojas, llantos,  
desdichas, tristezas, iras,  
angustias, penas, amagos,  
tormentos, dolores, muertes,  
enojos, sustos ni enfados.  
Solo la entrada franquean  
los guardas à todos cuantos  
forasteros quieren ir:  
y lo que pasa en llegando,  
es que salen diez doncellas  
vestidas de azul y blanco,  
tan bizarras como hermosas,  
y con instrumentos varios,  
unas diciéndole amores,  
otras haciéndole alhagos  
cariñosas y apacibles,  
cuál tañendo, cuál cantando,  
le llevan en medio de ellas  
à un riquísimo palacio,  
de que toma posesion,  
à su obediencia quedando  
las damas para asistirle,  
à servirlo y regalarlo;  
y de quince à quince dias,  
o mes à mes lo mas largo,  
vienen otras diez doncellas  
para refresco y regalo,  
que ò son hechizos de amor,  
ò son de hermosura encanto.  
Es tan rica esta ciudad,  
y es abastecida tanto,  
que si acierta à describirlo  
mi pluma, será milagro.  
Primeramente hay en ella  
à trechos proporcionados  
treinta mil hornos, y todos  
tienen, sin costar un cuarto,  
con abundancia coquetas,  
pan de aceite azucarado,

bizcochos de mil maneras,  
chullas de tocino magro,  
empanadas escelentes  
de pichones y gazapos,  
de pollos y de conejos,  
de faisanes y de pavos,  
de lampreas, de salmon,  
de atunes, truchas y barbos,  
de sabogas y besugos,  
y de otros muchos pescados.  
Tienen pasteles sabrosos  
de carnero y manjar blanco,  
y de regaladas aves  
cubiletos ojaldrados.  
Pastelones de ternera,  
lechoncillos muy tostados,  
tortadas de varios dulces,  
y de sazonados agrios.  
Cazuelas de codornices,  
de arroz, tordenchas y gansos,  
y de otros pájaros bobos  
sabrosos y extraordinarios.  
Hay un mar de vino griego,  
de san Martin otro blanco;  
dos rios de malvasía,  
de vino moscatel cuatro,  
de hipocrás hay tres arroyos,  
de limonada diez charcos,  
de aguas de limon y guindas,  
canela y agráz, seis lagos.  
De vinagre blanco y tinto  
dos balsas en breve espacio,  
de aguardiente treinta pozos,  
los mas de ellos amizclados.  
De agua dulce, clara y fresca,  
doce mil fuentes, que es pasmo  
lo artificioso de todas,  
lo primoroso y lo vario.  
Hay de leche un ancho rio,  
en muchas partes elado,  
otro de natas y azucar,  
todo goloso brindado.  
De queso una gran montaña,  
de mantecadas un campo,  
de manjar blanco una acequia,  
y de cuajada un barranco.  
Hay dos empinadas cumbres  
de azucar fino y violado,

un valle de mermeladas,  
de mazapanes dos llanos,  
de canelones dos montes,  
de diacitron dos collados,  
de pèrsigos y de alcorzás,  
muchos cerros empinados.  
De ciruelas un sin fin,  
de calabazate un caos,  
y de todas confituras  
muchas minas y cernachos.  
Hay de miel un largo rio,  
guarnecido y margenado  
de arboledas, cuyos frutos  
son pellas de manjar blanco,  
almojávanas sabrosas,  
buñuelos almivarados,  
mantequillas, requesones,  
y pepinos confitados.  
Hay doce acequias de aceite,  
y un dilatado peñasco,  
la mitad de salmon fresco,  
la otra mitad de salado.  
Hay un altísimo risco  
de nieve (prodijio raro!)  
que en el invierno calienta,  
y refresca en el verano.  
Hay una hermosa arboleda  
de cuatro leguas de ancho,  
que abundantemente tiene  
en cualquier tiempo del año  
peras, membrillos, camuesas,  
melocotones, duraznos,  
manzanas, granadas, higos,  
todo bueno y sazonado.  
Hay viñas que en todo tiempo  
dan racimos regalados  
de moscatel, alvillas,  
morate y boton de gallo.  
Hay campos que dan melones,  
ya blancos, ya colorados,  
ya chinos, ya moscateles,  
ya escritos, y ya borrados.  
Hay dos lagunas è torres,  
contiguamente manando  
aceitunas como huevos,  
y alcaparrones bizarros.  
Hay de almizcle y de pevetes,  
de algalias y de tabacos,

de ámbar y otros mil olores,  
un amenísimo prado.  
Hay un espacioso bosque  
adonde nacen caballos  
andantes y corredores,  
ensillados y enfrenados,  
potros, yeguas, mulas, bacas,  
carneros, cabritos, gamos,  
corzos, cabras y terneras,  
javalíes y venados.  
Hay un millon de carrozas,  
de coches un maremagnum,  
de centeno y trigo montes,  
de paja y cebada varios.  
Hay ciento y cincuenta cuebas,  
y estas son lonjas sin amos,  
llenas de paños de Londres,  
de terciopelos, de rasos,  
tafetanes y tabíes,  
espolines y damascos,  
toda variedad de lienzo,  
de lanas y de brocados,  
toda riqueza de joyas,  
perlas, diamantes, y cuanto  
quiera pedir un curioso,  
y ha menester un paisano.  
Hay una hermosa alameda,  
de cuyos jarifos ramos  
penden diversos vestidos,  
à cada cual ajustados,  
espadas, guantes, coletos,  
sombrreros, medias, zapatos,  
camisas, balonas, bueltas,  
calcetas, ligas y lazos.  
Para las señoras damas  
hay tambien vestidos varios,  
muy llenos de plata y perlas,  
y de diamantes bordados;  
sin que falte cosa alguna,  
que importe para su ornato;  
y todo lo dicho cuesta  
solo llegar y tomarlo.  
Hay cuarenta mil iglesias,  
ermitas y santuarios,  
todo de plata maciza  
y oro fino fabricados.  
La riqueza de ornamentos,  
de capillas y retablos,



considérello el prudente,  
 mientras lo envidia el avaro.  
 Hay en cada casa un huerto,  
 de plata y bronce cercado,  
 que es prodigio lo que abunda  
 de riquezas y regalos.  
 De sus parrales frondosos  
 todo el año están colgados  
 por racimos longanizas,  
 chorizos mazapanados,  
 morcillas blancas y negras,  
 perniles frescos y magros,  
 salchichas, lomos, papadas,  
 cuales gordos, cuales flacos,  
 En las cuatro esquinas de él  
 hay cuatro cipreses altos,  
 que son de cristal sus hojas,  
 de oro sus troncos y ramos.  
 El primero trae perdices,  
 el segundo gallipavos,  
 el tercero da gallinas,  
 y capones cria el cuarto.  
 Al pie de cada ciprés  
 hay un estanque enajado,  
 cual de doblones de à ocho,  
 y cual de reales de à cuatro.  
 Hay cuatro alacenas de oro,  
 y de cristal sus tejados,  
 que aunque es lo precioso mucho,  
 os lo artificioso raro.  
 Una está llena de vidrios,  
 con varia invencion forjados,  
 otra de plata bruñida  
 de cantimploras y platos;  
 otra de cristal y oro,  
 tazas, salvillas y vasos,  
 y la cuarta de oro terso,  
 piedras preciosas mediando,  
 con algunos diamantes  
 que afrentan del sol los rayos.  
 Está este jardín famoso  
 abundantamente dando,  
 entre fragancias de flores,  
 y gorgeos de canarios;  
 arroz famoso, fideos,  
 piñones, nueces, garvanzos,  
 avellanas, cañamones,  
 turronec negros y blancos,  
 todo género de especias,  
 de hortaliza todo abasto,  
 sin que falte lo que es útil,  
 ni abunde lo que hace daño.  
 En medio de este vergel  
 hay un suntuoso gallardo  
 de jaspes, mármol y bronce,  
 oro, plata y alabastro.  
 Un ángel de oro bruñido  
 dá un hipocrás soberano;  
 agua dulce, clara y fresca,  
 un águila de alabastro.  
 Un leon de bronce fino  
 dá vino moscatel blanco,  
 y un toro de plata tersa  
 vino de Toro estremado.  
 Entre las doce columnas  
 de esta fuente, hay un espacio  
 con su bufete y asientos,  
 do apeñas están sentados,  
 cuando llueven en la mesa  
 toda manera de agrios,  
 toda manera de dulces,  
 toda sazón de guisados,  
 todo aliño de gigote,  
 toda variedad de asados,  
 de postres y de principios,  
 y cuanto pida un cristiano.  
 Los palacios de los reyes,  
 siendo los de los vasallos  
 tan ostentosos y ricos,  
 con eso están alabados.  
 De lo que hai en esta isla  
 esto es una cifra, un rasgo,  
 porque describirlo todo,  
 es intentar deslumbrarlo,  
 ó agotar del mar las aguas,  
 ó medir el cielo à palmos.  
 Animo pues, caballeros,  
 ánimo, pobres hidalgos,  
 miserables, buenas nuevas,  
 albicias, todo curado.  
 Y su autor Pedro Buscarlo  
 pide perdon de sus faltas;  
 que si no fuere lo dicho  
 como lo he pronosticado,  
 será lo que Dios quisiere,  
 que así fue el año pasado,

F I N.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, número 18.